

EVANZÍA KAÍRI: CARTAS PARA GRIEGAS Y FILOHELENAS

La dilatada historia de las letras griegas depara con frecuencia hallazgos sorprendentes que ayudan a comprender los entresijos del tapiz que dibuja el carácter y la cultura los griegos, pero también alberga incógnitas profundas sobre una imagen real de lo que es y ha sido «Grecia» antes y después de la creación de su Estado (1830).

No es este el marco apropiado para esbozar sucintamente las líneas argumentales sobre las que se asienta la cultura griega a lo largo de los siglos, ni siquiera para enumerar las principales semejanzas y diferencias entre los griegos actuales con sus ancestros. Pero sí podemos ofrecer algunos documentos interesantes de la mano de una griega ilustrada y vislumbrar el estatus de la mujer griega (así como su silenciada participación) en el proceso desencadenado entre algunos súbditos del Imperio otomano en pro de la liberación y la creación de estados independientes en los Balcanes.

El éxito de la Revolución popular de los griegos, iniciada en 1821, cuenta en su haber con ser el desencadenante de la progresiva desmembración del otrora poderoso Imperio otomano, y posibilitar, mediante la intervención de las potencias europeas —Rusia, Francia, Gran Bretaña—, la sucesiva creación de estados independientes en el sureste europeo. Esos años revueltos de la Revolución y la creación del incipiente estado serán el trasfondo escénico de la vida de Evanzía Kaíri, quien, tutorada por la carismática figura de su hermano Teófilo Kaíris¹, hilvana su esmerada formación con una valiente actividad patriótica e intelectual (erudita, traductora, escritora, dramaturga, pedagoga, colaboradora del Orfanato fundado por su hermano Teófilo en 1835, directora del Colegio femenino, etc.), ejemplificando la activa labor de las griegas en el proceso revolucionario así como en el no menos importante mantenimiento y cohesión de las tradiciones griegas en la creación de un nuevo y extraño modelo de estado. Su testimonio supone además uno de los primeros ejemplos organizativos de las actividades feministas entre las griegas².

Evanzía Kaíri nace en Andros (1799-1866), una de las islas de las Cícladas. Es la séptima hija de la familia y su primogénito, el filósofo e ideólogo Teófilo Kaíris, impulsor de la «teosofía» (*Θεοσοφία*, 1852, *Στοιχεία φιλοσοφίας*, 1851,

Φιλοσοφικά καὶ Φιλολογικά, 1875, Γνωστική, 1849), se hace cargo de su formación conforme a los ecos de la Ilustración europea en Oriente, tanto en el aspecto intelectual como en el social. Los avatares de su hermano (juicio, exilio, condena y muerte), así como los contactos con simpatizantes, seguidores y antiguos alumnos, condicionan las relaciones de Evanzía, tal como recoge su voluminosa correspondencia. Sus actividades formativas y docentes se incrementan tras el traslado (1814-1821) a la escuela griega que su hermano dirige en la entonces próspera población minorasiática de Kidoniés (la actual ciudad turca de Ayvalik). Desde allí establece correspondencia con los grandes intelectuales europeos, solicitando en algunos casos libros adecuados para traducir al griego e introducir sus contenidos pedagógicos en la nueva sociedad en formación (por consejo del erudito A. Koraís, 1814, traduce y edita el libro de Bouilly *Consejos a mi hija*, 1820; de Fénelon, *Tratado sobre la educación de las hijas*; de A.L. Thomas, *Encomio de Marco Aurelio*, y escribe una *Historia de la Hélade* inédita), o departiendo con viajeros y eruditos de paso por Oriente (A. Firmin Didot en 1817, Dora D'Istria, Alexandros Sutsos, entre otros). Todos ellos destacan la personalidad de Evanzía, su capacidad intelectual («la joven culta», «a *fine looking woman*»), el compromiso social, y el anonimato autoimpuesto en sus obras: traducciones, dramaturgia, epistolografía y labor editorial. El manejo de lenguas extranjeras (francés e italiano) y el alto conocimiento del griego antiguo (estilo lingüístico próximo a la lengua de la autora en un periodo aún carente de una «lengua nacional» capaz de abarcar registros lingüísticos y géneros literarios de origen occidental aún no desarrollados en Oriente) queda patente en todos sus escritos.

Tras el estallido de la Revolución griega en Rumelia, la familia se vio obligada a trasladarse a distintas partes del territorio «griego»: a las activas islas de Andros (1821-1824) y Siros (1824-1839), en donde escribirá su llamamiento internacional para la colaboración con la causa griega (*Carta de unas helenas a las Filohelenas*, 1825), así como su obra dramática original *Nikíratos* (1826), considerado el primer drama histórico de la Grecia moderna³, que dedica «A las helenas sacrificadas por la Hélade» y acompaña de un breve prólogo: «A las helenas». Ambas anónimas, firmadas en femenino singular («La...» o «Una helenas»), escritas en una lengua griega culta pero entendible con elementos de retórica del griego antiguo, y cuya edición resulta crucial en el momento histórico en que aparecen: la primera, refleja el auge de los movimientos filohelenos en Europa y América, y la segunda, el dramático

¹ Vid. G. KARÁS: Γ. Καράς (Επιμ.) *Πανελλήνιο Συμπόσιο «Θεόφιλος Καΐρης»*. (Ανδρος, 6-9 Σεπτεμβρίου, 1984), Ἀθήνα, Gutenberg, 1988.

² Cf. E. VARÍKA: E. Βαρίκα, *Ἡ ἐξέγερση τῶν κερίων. Ἡ γέννηση μίας φεμινιστικῆς συνείδησης στὴν Ἑλλάδα. 1833-1907*, Ἀθήνα: Ἴδρυμα Ἑρευνας καὶ Παιδείας τῆς Ἐμπορικῆς Τράπεζας τῆς Ἑλλάδος, 1987, p. 17.

³ Vid. *Γυναικες θεατρικοί συγγραφείς στὰ χρόνια τῆς Ἐπανάστασης καὶ τὸ ἔργο τους*. Μητρώ Σακελλαρίου, Ἡ εὐγνώμων δούλη, Ἡ πανούργος χῆρα (1818). Ἐλίζαβητ Μούτσαν Μαρτινέγκου, Φιλάργγρος (1823-24), *Εὐανθία Καΐρη*, Νικήρατος (1826). Φιλολογική ἐπιμέλεια, W. PUCHNER, Ἀθήνα: Ἴδρυμα Κῶστα καὶ Ἑλένης Οὐράνη, Θεατρική Βιβλιοθήκη, 2003, pp. 140-248, y la reciente traducción española E. ΚΑΪΡΙ, *Nikíratos*. Introd. E. Kumarianú, trad. I. García Gálvez, La Laguna: Jornadas de Literatura Neogriega, 2006.

asedio y resistencia griega de la ciudad de Mesolongui (1826), símbolo de la victoria de los griegos (y filohelenos) por la libertad y llave para la creación del primer estado balcánico tras el beneplácito de las potencias europeas (Tratado de Londres, 1830); bucle histórico que vemos repetirse actualmente en otras regiones de la zona.

Con motivo de los acontecimientos desencadenados tras la persecución de Teófilo, Evanzía se instala definitivamente en la isla de Andros (1839-1866), en casa de su hermano Demetrio. La correspondencia con su hermano Teófilo y correccionistas como Spiridón Glaukopis la mantienen en contacto con la realidad en este amargo confinamiento que irá empeorando al final de su vida.

De entre su amplia correspondencia, rescatada minuciosamente por Polemis⁴, hemos seleccionado tres apartados en sus cartas dirigidas a mujeres con el fin de plasmar algunos aspectos de la situación de la mujer griega en esta época.

I

El activismo revolucionario se recoge en dos cartas (A1 y A2) de agradecimiento y reconocimiento del papel de las mujeres griegas en la lucha y en el sostenimiento de la esencia de la cultura griega.

El protagonismo de dichas cartas es claramente femenino tanto en la exclusiva invocación a las activistas filohelenas como en la adhesión nominal de griegas (todas parientes de conocidos combatientes y políticos) al contenido de la carta (A1). La iniciativa de esta ilustrada pro revolucionaria está planteada desde la perspectiva exclusiva del mundo femenino, resaltando el papel de la mujer como salvaguarda de la identidad de un pueblo-nación, elemento característico de los distintos súbditos de los imperios de la zona (romano, bizantino, latino y otomano), acostumbrados a convivir durante siglos bajo las imposiciones de un dominador, en este caso, el temido turco otomano.

La autora hace hincapié en tres factores políticos de gran calado: la heroicidad del pueblo griego por enfrentarse al Sultán guiado por la búsqueda de su libertad, en consonancia con otros movimientos libertadores en Europa y América; el sacrificio de las griegas, sostén de la población y de la esencia cultural del pueblo griego representado en los hijos, jóvenes y ancianos, que abanderan este gran paso hacia el progreso y la futura occidentalización; y el análisis político de la situación, centrada en la desunión de los cristianos en estos momentos críticos ante el poder absolutista del Islam, amparado por la estructura despótica de la Sublime Puerta. Centra así el debate (aún abierto) de la posición de Europa ante el Turco. Se sirve de argumentos y hechos concretos para presentarnos la realidad del turco otomano desde dentro, rehusando utilizar la visión simplista (fascinante o aterradora) del turco, vigente en el Occidente ilustrado.

⁴ Vid. D. POLEMIS: Δ, 'Ι. Πολέμη, 'Αλληλογραφία Θεοφίλου Καίρη, έκδομένη υπό Δημ. Ι. Πολέμη. Μέρος δεύτερον: 'Επιστολαί Εὐανθίας Καίρη (1814-1866), "Ανδρος: Καίρειος Βιβλιοθήκη, 1997.



II

La amistad entre mujeres puede apreciarse en tres cartas (B1, B2 y B3) cuya destinataria es una amiga, normalmente casada y establecida, con la que mantiene una relación intelectual y afectiva. A diferencia de su correspondencia con varones, la autora imprime en estas cartas una intensidad emocional manifiesta, en algún caso poética (B3), partiendo de los comportamientos sociales y morales propios de la Ilustración. Evanzía, conocedora de los mecanismos de relación entre los occidentales, impulsa esta forma de comunicación en el entorno femenino griego, manteniendo los fuertes lazos de amistad más allá de las unidades familiares según el modelo tradicional, estableciendo un nuevo y más profundo nivel de comunicación, y dotando de protagonismo al papel de la mujer griega en la formación de la nueva sociedad. En estas cartas inconclusas se ponen de manifiesto las dificultades estilísticas para el desarrollo del género epistolar de corte occidental.

Por otra parte, han de tenerse en cuenta las precarias circunstancias en la creación de este pequeño estado griego que tendrá como primera capital la costera Nauplia del Peloponeso y, unos años más tarde, una diminuta Atenas asumiendo el éxodo de todo tipo de griegos a la capital. Es pues ésta una época de grandes contrastes cuyo centro neurálgico, la capital, se topa con la inexistencia de un entorno urbano o de una burguesía asentada en territorio griego libre a diferencia de la situación de las pudientes y patrióticas comunidades griegas de la diáspora (Amsterdam, París, Montpellier, Viena, Trieste, Venecia, Pisa, Bucarest, Iasio, Odessa, etc.) o la comunidad griega fanariota de Constantinopla cuyo estatus le permitía mantener ocupaciones de alto nivel al servicio de la Sublime Puerta: dragomanes, embajadores, diplomáticos, o bien, príncipes y ministros en las regiones otomanas semi independientes de Valaquia y Moldavia.

III

Un tercer grupo de cartas (de la C1 a la C7), de las que hemos seleccionado las dos primeras, están dirigidas a su ahijada Evanzía N. Kafri. Escritas normalmente por Evanzía y firmadas por ella y la madre de la destinataria, estas cartas reflejan la estrecha relación familiar, aportan datos sobre los miembros de la familia, los amigos y amigas más íntimas, aspectos de los trámites jurídicos sobre la figura del primogénito, etc. Son cartas de carácter formal en las que no abandona el estilo retórico que caracteriza a la autora ni el ambiente ilustrado con el que se describe la cotidianidad. Destaca en ellas el desvelo por la formación de las jóvenes, el seguimiento de su estancia en una «capital», y el interés por recibir información detallada de los vertiginosos cambios sociales que se están produciendo en Grecia y que ellas, las remitentes, no pueden disfrutar (1860-1863) encerradas en la estrechez social y económica de los últimos años de vida de Evanzía.

SELECCIÓN DE TEXTOS

A. CARTAS A LAS HELENAS Y A LAS FILOHELENAS

A1) Nauplio, 17.04.1825 (Polemis 1997: 54-61)⁵

A las Filohelenas

¡Amigas de la Hélade!

La sedición y las llamas de Kidoniés, la desalmada y más cruel matanza de Quíos, el inesperado cautiverio de Creta, Kassos y Eubea, el imprevisto desastre de Psará, los incendios y cautiverios de diversos pueblos y ciudades de la Hélade, y las miserables víctimas de ellos, aún están vivas en nuestra imaginación. Casi todas nosotras hemos visto madres moribundas en brazos de sus hijas, hijas entregando sus últimos suspiros junto a sus padres extintos, infantes mamando de sus madres ya cadáveres. Desnudez, hambre, frío y, en consecuencia, la muerte, son los males más nimios y leves, que han sido censurados numerosas veces a nuestros ojos llenos de lágrimas. Muchas hemos perdido hermanos y hermanas. Otras hemos quedado huérfanas y sin amparo alguno. Tal vez no ha existido desdicha en el mundo que no hayamos sufrido nosotras o nuestros congéneres. Creemos que ninguna imaginación poética puede crear males ni tan temibles ni tan deplorables cuantos nosotras hayamos visto realmente en ellas o no hayamos probado incluso nosotras mismas.

Pero os aseguro, amigas de la Hélade, que ninguna de estas penalidades ha atravesado tanto nuestros corazones como la inhumanidad, por no decir bestialidad, que han demostrado hacia nuestra nación muchos de los que se jactan de haber nacido en la sabia Europa, de haber leído muchos libros morales dignos de admiración, y lo más prodigioso todavía, de ser alumnos del Evangelio y haber escuchado a los más ilustres predicadores de la virtud.

Sí, filohelenas, esas penalidades son en verdad grandes, son terribles, pero, por la libertad de nuestra patria, la valentía ejemplar con la que muchas de nuestras congéneres han decidido arrojarse antes a los abismos, entregarse a las llamas, convertirse en pasto de las fieras, hacerse viejas por el hambre en desiertos y cuevas en vez de padecer de nuevo la inhumana esclavitud de los turcos, la idea de que hemos padecido todo por amor a nuestra patria, lo ha convertido no sólo en algo soportable para nosotras sino, en cierto modo, incluso agradable para nuestras aflicciones. Además ¿no ha sido aún más maravilloso el haber padecido tales infortunios de tales enemigos?

⁵ *Ἐπιστολή Ἑλληνίδων τινῶν πρὸς Φιλληγνίδας. Συντεθείσα παρὰ τινος τῶν σπουδαιότερων Ἑλληνίδων. Ἐκ τῆς ἐν Ἰδρα Ἑλληνικῆς Τυπογραφίας. 1825 (Carta de unas helenas a las filohelenas. Compuesta por una de las helenas más importantes). A voice from Greece, contained in An Address from A Society of Greek Ladies to the Philhellenes of their own sex in the rest of Europe. Translated by George Lee, London, John Hatchard and Son, 187, Piccadilly, 1826. ΚΑΪΡΙ, Evanzía, «Carta de unas helenas a las filohelenas compuesta por una de las helenas más importantes. 1825», en E. ΚΑΪΡΙ, *Nikítratos*, pp. 57-64.*

Pero ¿quién? —no hablamos ya de nuestros congéneres sino de entre los mismos turcos— ¿quién hubiera esperado nunca que por cien mil cristianos se vean con increíble indiferencia, como en un anfiteatro romano, todas las naciones turcas, unidas y aliadas, lanzarse con el fuego y con el hierro en las manos contra unos pocos para aniquilarlos? Pero ¿por qué? ¿Porque han decidido liberar su tierra paterna e impedir que de ahora en adelante los tigres turcos se revuelquen en sus entrañas? ¿Quién hubiera podido imaginar ver que el Corán puede hacer más aliados a los turcos contra nosotros de lo que, hasta ahora, han podido las voces de todos los sabios de Europa y las admoniciones de los predicadores del Evangelio para mover la amistad de los cristianos por cuantas penalidades hemos padecido y estamos padeciendo?

Sin embargo, la recta política de Europa o el equilibrio de las potencias europeas —como muchos sabios de nuestra nación exigen que se corrobore— se afana en solicitar dicha indiferencia o, como ellos dicen, neutralidad, si bien hasta ahora nosotros no considerábamos otra política más recta que auxiliar a los que injustamente han sido combatidos, a los que han sido tiranizados y torturados desalmadamente, sobre todo cuando puede hacerse sin el más mínimo perjuicio suyo y con la mayor facilidad.

No obstante, incluso después de encomendarse a esta indiferencia o neutralidad, ¿quién no se impacienta al ver que muchos europeos, en vez de permanecer como espectadores indiferentes o neutrales, incluso aconsejan a los turcos, los ayudan, llegando hasta nuestras fortificaciones sitiadas y en peligro mientras, claro está, nuestros bestiales enemigos degüellan a nuestros inocentes hermanos en ellas, se alían y navegan con los turcos como si no fueran suficientes todas las naciones turcas que combaten contra el buen número de soldados de nuestra nación, ni que tampoco todas sus flotas se pongan en línea ante nuestros frágiles y débiles navíos? ¿Quién no se horroriza al ver una cruz aliarse con la medialuna en contra de una pequeña nación del cristianismo cuando además combate por esa Cruz? ¿Quién puede soportar sin apenarse ni contrariarse cuando oye que muchos de los llamados europeos instituyen bailes y hacen banquetes cuando efectivamente conocen nuestra desdicha?

No sabemos cómo describirá la Historia esta incomprensible apatía de Europa, sin embargo, pensamos que no hallará nunca una palabra que exprese la maldad de esos extraños e implacables enemigos nuestros, ya que en vez de ser espectadores indiferentes y cristianos neutrales se han convertido inesperadamente en bestiales turcos y se han hecho incluso más salvajes que ellos en contra de nuestra nación. Realmente nos odian y buscan causarnos mal de todos los modos posibles, incluso más que los turcos, hombres de nuestra misma religión, a los que creíamos nuestros hermanos y a los que nunca hemos hecho mal ni podríamos hacérselo, es por igual incomprensible e inexplicable.

Si acaso temieran la disminución de los turcos y por ese motivo los apoyaran, que piensen que hay muchos más en Asia y en África que todos los cristianos en todo el mundo. Si piensan que, ayudándolos, van a tener por amigos a los turcos, que sepan que los turcos se mofan de ellos, los insultan, los consideran seres indignos, los llaman infieles, traidores e implacables enemigos suyos, dudan hasta de esa

extraña maldad suya, se ríen de su imbecilidad, y se vanaglorian con razón de que mientras tantos cristianos se apresuran por traicionar a unos pocos cristianos que combaten por su fe y su patria, no se ha encontrado todavía un turco que se apresure no sólo a traicionar a los turcos ni siquiera a un solo turco.

Entonces, ¿cómo no nos parecerá más penosa e inaguantable esa extraña persecución de nuestros inesperados enemigos si atendemos a todos los males con los que hasta ahora los turcos nos han regalado? ¿Cómo no se apenará nuestro lastimado corazón cuando vemos que en esta penosa circunstancia no sólo no se han compadecido de nosotros nuestros correligionarios, no sólo no se muestran, como proclaman, indiferentes o neutrales, sino que nos persiguen sin piedad y nos traicionan desalmadamente, tanto más veces cuantas piensan que nos encontramos en la peor de las necesidades? Porque entonces se convierten en emisarios de los turcos contra nosotros, entonces los aconsejan contra nosotros, les llevan alimentos y pertrechos bélicos, les trasladan ejércitos, los guían, entonces excepcionalmente se enojan con ellos sobre quién considerará la herida más certera que nos ha de aniquilar.

Se han vuelto rabiosos contra nosotros. No los doblegan ni nuestras desdichas, ni nuestros tormentos, ni ninguna de nuestras imparangonables penalidades. Mientras nuestros enemigos disponen más ejércitos y las flotas más grandes posibles, ellos se convierten en nuestras bestias. Los turcos son sus parientes, son sus amigos, son sus fieles, son la única nación, como dicen, que debe reinar sobre la Hélade, y ¿por qué? Para que su ansia insaciable se harte de oro, y su implacable y duro corazón de crueles y bestiales espectáculos.

Sin embargo, entre todas estas penalidades tomamos algo de respiro al pensar que cuanto estos irracionales enemigos nuestros dicen y obran contra nosotros es por completo desconocido para sus dirigentes, porque no podemos ni siquiera imaginar que sea conocido por estos, que sus súbditos deshonren tanto a sus naciones como a sus cabezas y que conviertan en odioso el término «europeo» y detestable el de «cristiano». Nunca podríamos creer que sabiéndolo no lo impiden.

Aunque nuestro verdadero consuelo sea el que, entre tantos espectadores indiferentes de nuestras penalidades, también han existido hombres dignos de la nación de la que llevan el nombre; hombres que movidos sólo por su amor a los helenos, no sólo no han descuidado a la Hélade que combate por su libertad e independencia, sino que la han animado cuando corría peligro y la han sostenido cuando era digna de conmoción; hombres que de alguna forma han disminuido la vergüenza por la indiferencia de los demás.

Sí, nobles almas, si fuera posible borrar la mancha quinquenal de Europa, vosotras la borraríais. Si fuera posible limpiar la suciedad quinquenal del nombre cristiano, vosotras la limpiaríais. A vosotros, nobles hombres, nuestra nación os debe su corazón; en él ha quedado grabada vuestra imagen. Vuestros nombres serán pronunciados con respeto por los vástagos de la Hélade y vuestros descendientes se vanagloriarán por haber sido afortunados al tener tales ascendientes.

Pero ¿qué consolación tendremos para nuestras aflicciones, qué respiro para nuestras penalidades cuando sabemos que hay incluso mujeres que no sólo lloran nuestras desdichas sino que se alegran de nuestras dichas, que han movido a muchos por el amor a nuestra nación y que nos asisten en su salvación!



Sí, amigas, vuestra aflicción por la Hélade y por nosotras suaviza muchas veces la nuestra. Vuestras lágrimas por nosotras hacen menos las nuestras. Vuestra exagerada alegría por las victorias de la Hélade ha incrementado no pocas veces nuestro júbilo.

Estamos seguras de que nuestra patria se va a salvar pese a estar perseguida por tantos evidentes, injustos e ilógicos enemigos velados. Confiamos en que la divina providencia no nos abandonará. Creemos que el celo de todos sus verdaderos vástagos, la prudencia de sus administradores, la valentía de sus generales y soldados, la nobleza de sus almirantes y marineros, y el amor de sus verdaderos amigos, instituirá laureles contra sus implacables enemigos y triunfará sobre ellos. Sin embargo, puede que nosotras no sobrevivamos para ver ese ilustre y anhelado día en el que la Hélade alcance su completa libertad e independencia. Pero, pese a todas las penalidades que hemos soportado, moriremos agradecidas porque hemos muerto libres por nuestra patria y no ya siervas de los más inhumanos tiranos. Antes de cerrar los ojos, transmitiremos a nuestras afortunadas descendientes que, pese a tener crueles e irracionales enemigos que persiguieron desalmadamente a nuestra nación en lucha por su libertad, aparecieron no obstante también personas que mostraron con palabras y con obras ser verdaderas amigas de la Hélade. En efecto, les haremos aprender que también hubo mujeres filohelenas que no dejaron nunca de hablar bien en pro de una Hélade en lucha, que la auxiliaron en la medida de sus fuerzas, que incluso se congratularon con las helenas en las victorias de su patria, que se compadecieron con ellas en sus desdichas, y, en una palabra, que incluso ellas se convirtieron en realidad en helenas por lo que respecta a la suerte de la Hélade.

Dejaremos un consejo a nuestras congéneres: que a esos extraños y sin motivo enemigos nuestros no les deseen nunca ningún mal sino que vivan y vean la Hélade, tan desdichada e ilógicamente perseguida por ellos, premiada y triunfante, porque pensamos que será suficiente castigo para ellos el control de la conciencia, la difamación de sus nombres, y la mala, indigna y deshonrosa herencia que han dejado a sus vástagos.

A vosotras, nobles amigas de la Hélade, queremos encargaros que os bendigan y os mencionen siempre por vuestro amor hacia ella, que no se olviden nunca de vuestra gratitud hacia ella, que transmitan también a sus hijas ese dulce sentimiento de vuestro corazón. Y nosotras, aunque no podamos por la presente llevar en nuestro pecho vuestra anhelada imagen con la descripción «Las Filohelenas», la tendremos, sin embargo, escrita en los lóbulos de nuestros corazones y vuestro amado nombre no se desprenderá nunca, mientras estemos vivas, de vuestras bocas.

El 17 de abril de 1825.

Vuestras agradecidas amigas.

A.N., la Redactora.

Del Archipiélago: Eleni Azanasú, Teodora Azanasú, Eleni Panayotu, Marigó Demetrú, Eleni Georgú, Konstantina Georgú, Anastasia Azanasú.

De Hidra: Vasilikí Laz. D. Tzamadú, Kuriakí G. Gioni, Panayula Nik. S. Vuturi, Irini, Dim. A. Míauli, María Emnanuil Tombazi, María Iakovu Tomabazi, Kiriakí Andonú Kriezí, Eleni Georgú Sajini, Zafiro Pandelí Gika, Marditsa I. F. Kalafatu, Kiara Iosif Kiappe.

De Sálona: Tasula Anast. Boyiatzί, Asimó Anagnostu Lajaná.
De Quíos: Anzippa Z. Draku, Marigó Nik. Zarajani, Aryiró G. Politaki.
Irimi Melidoni Cretense.
Eufrosini Rendu de Constantinopla.
De Atenas: Ekaterina J. Giorgίu Skuzá, Dudú Tomatziku Logozetu.
De Livadiá: Rozani Ioannu Kuluridi, Elisabet Lambru Naku, Smaragdó
Leonardaki Katraku.
Eleni Anast. Anagn. de Lidoriki.

Al editor de *El Amigo de la Ley* de Hidra.

Señor:

En el número 139 de su periódico he leído con placer de mi alma el fragmento de la *Carta de unas helenas a las filohelenas*. Con los mismos sentimientos de gratitud en mi corazón deseaba que se me ofreciera una ocasión para mostrarlos y, ciertamente, no puedo esperar una mejor que ésta. Si tuviera la bondad de añadir mi firma y de expresarle mis gracias y alabanzas a la originaria de mi conmoción, la Héléde, a quien no podemos confiar mejor para el beneficio de nuestra patria.

Salve.

Nauplia, a 5 de agosto de 1825.

La compatriota, Eleni Mavrokordatu.

A2) Siros, 13.08.1828 (Polemis 1997: 91-93)⁶

A las Filohelenas de los Estados Confederados de América y benefactoras de la sufriente Héléde.

Hemos leído, amigas, en el *Periódico General de la Héléde*, vuestras cartas de consuelo y hemos sentido la más profunda impresión en nuestros afligidos corazones. Vemos la compasión del amor cristiano expandirse con obras y palabras por las filohelenas de los Estados Confederados de América con diligencia hacia las heridas de las desdichadas y las huérfanas de la sufrida Héléde y, colmadas de lágrimas de alegría, alabamos al Altísimo por su gran compasión. Las madres e hijas de la Héléde agradecemos vuestras prudentes palabras de consuelo y proclamamos vuestras libres aportaciones ante el mundo ilustrado, porque las lamentosas penalidades de nuestra lucha de siete años y las exageradas tristezas de nuestros difuntos, padres, hermanos y muchos parientes nuestros, disminuyen hoy en gran parte con vuestras juiciosas

⁶ «Αί εις Σύραν πάροικοι Ἑλληνίδες καὶ πολίτιδες τῶν ἀποτεφρωθεισῶν Κυδωνιῶν, παραλίου πόλεως τῆς Ἐλάσσονος Ἀσίας», *Γενικὴ Ἐφημερὶς τῆς Ἑλλάδος*, ἔτ. Γ', ἀρ. 64 (01.09.1828), pp. 265-266 (*Las griegas vecinas y ciudadanas habitantes de Kidoniés, ciudad costera de Asia*). P. ΖΟΓΡΑΦΟΣ: Π. Ζωγράφος, «Βιβλιογραφία Θεοφίλου καὶ Εὐανθίας Καίρη», *Νέα Ἐστία* 54 (1953), p. 1.131.



contribuciones de esas consoladoras cartas vuestras, y por la simpatía que observamos al tomar incluso a estos retoños vuestros en las penalidades de los helenos pese a criarse tan lejos de la Hélade. Nos congratulamos todas por el consenso general de las filohelenas de América para el alivio de los infortunios de la Hélade, y nos maravillamos al verlas reunirse animosamente y, movidas por la simpatía de la humanidad, aportar (muchas desde su propia escasez) para consolar la desdicha de los helenos que luchan por la fe y la patria. Ya no nos lamentamos, amigas, por la calcinación de nuestras patrias, la pérdida de nuestros patrimonios, el cautiverio de nuestros seres más queridos y el exilio de nuestros familiares, porque vemos que de las súplicas de las filohelenas de América, y de casi toda Europa, la Patria general nos aguarda inquebrantable después de todas las correrías de nuestros tiranos y pese a no ser aún el momento de avanzar para su liberación. No nos lamentamos al ver cómo nuestros esfuerzos de siete años son elogiados en las sinceras palabras de consuelo de las filohelenas, y nuestros derechos son apoyados por las excelsas Potencias cristianas ya que también esos tiranos nuestros han comenzado a refugiarse a montones en nuestro Territorio Nacional, como en el asilo de una vida sosegada y libre, para no soportar la mala administración de sus déspotas, viendo cómo nuestra lucha les ha hecho justicia también a ellos aún criaturas de América y de Europa. De una sola cosa me lamento, amigas, de no poder, por la presente, ofrecer las gracias de cualquier otra forma sino sólo con el testimonio sincero de nuestro agradecimiento a las benefactoras de la sufrida Hélade. Recibid pues, hermanas, las muestras de este sincero agradecimiento hacia vosotras, unid pues en los profundos maitines vuestras súplicas al Altísimo por los helenos que sufren para que el Padre de las luces bendiga los esfuerzos de vuestras caritativas y virtuosas obras, y para que a nosotras, las desdichadas, se nos conceda la tierra de nuestros ancestros, libre y segura de las correrías de nuestros tiranos.

B) CARTAS A SUS AMIGAS

B1) Inconclusa. 08.1831 (Polemias 1997: 96-97)

A Teodora Jatziazanastú, En Tinos.

Anhelada amiga,

Antesdeayer recogía de tu sobrino los guantes que con él me enviaste. Te los agradezco sumamente. Son valiosos en todo, pero sea, por supuesto, que me he torturado no con poca tristeza pensando en qué forma vengarme, ya que, mientras no recibas carta alguna de mí, no dejarás de retribuir mi desagradecimiento con sus continuos y hermosos presentes. Ayer de nuevo inesperadamente me entregó mi hermano tu anhelada para mí carta del once de agosto. Nunca, querida amiga, he olvidado aquellos dichosos días en los cuales te veía, frecuentándote y aprendiendo a soportar mis pequeños disgustos al verte aguardar con tanta generosidad y sensatez cómo la revolución y el amor a la libertad te ocasionaban desdichas. Pero tu carta amiga me las reclama de forma más viva. Tengo algunos conocidos en Siros, pero no a mi amiga Teodora; oigo muchas cosas, sin embargo, no lo que escuchaba



de ti. Esto es verdad y no es que tu amor hacia mí me traicione. Sé que tengo necesidad de cuanto dice mi trato contigo, lo que he disfrutado o iba a disfrutar, pero no creo que hayas sido ni siquiera capaz para que sea provechoso o para reconvenirlo. El que mi hermano sea capaz no te hace clasificar a la inculta Evanzía con él. Pero no desesperemos, porque espero que el Padre de la compasión y de la conmiseración no nos abandone y que no deje inconclusos estos pensamientos de mi amiga. No me apena responder a cuantas preguntas me escribes ya que de algún modo debemos hacerlo si queremos aprender a demandar a los científicos de este hecho, o incluso más de aquel. Y me dirás que no existen. Tienes razón porque me parece que ha habido pocos, y hay muy pocos, y no sin que también ellos estén engañados en muchas cosas. Es mayor nuestra obligación de examinar esta cuestión y si no podemos pensar en todo cuanto deseamos, pensemos en lo que el Ser Excelso nos disculpa sobre conocerlo todo. Deseo con mucho, anhelada amiga, nuestro pronto encuentro que entraña para mí no infinitos esfuerzos como dices sino que traerá grato placer, pero temo que la celosa fortuna que me tortura durante tantos años con los viajes de mi querido hermano no me deje relacionarme con ella. Sobra escribirte cuánto nos ha apenado la muerte de mi querido hermano, cuánta intranquilidad nos ha hecho padecer una muerte así. Pero cómo describir el terror y la pena que nos ha dominado cuando sabemos la fama mentirosa de la muer... todavía tiemblo cuando lo recuerdo, anhelada y noble amiga y hermana tuya, y la alegría al corroborar que es mentira. No quiero intentar, amiga mía, consolarte porque ni soy capaz ni puedo. Pero Dios, el que no hace nada sin razón, os ha hecho mandato con sus últimas divinas decisiones la sensatez y la nobleza, la que os muestra y os indica más arriba sobre los infortunios de los que os voy a consolar. La...

B2) Ca. 1834 (Polemis 1997: 97-98)

Para la esposa de Konstantino Tombra, Nauplia.

Anhelada amiga,

No he pensado tampoco yo qué otra causa que los trabajos domésticos que una cierta indisposición no por la mediación del clima de Nauplia, sino por alguna otra causa por la que también me haya complacido, le haya impedido a mi amiga no cumplir su promesa conmigo y no contestar a mi carta. Estoy segura, amiga, de que me recuerdas siempre que preguntas por mi salud a cuantos me conocen y de que es posible que no me hayas olvidado nunca. No, porque creo que, como me sucede a mí misma, de igual modo me recuerdas y no me olvidarás nunca, pero porque sé qué clase de alma tiene mi amiga y porque me parece que no duda que Evanzía hace lo mismo por ella. Sí, anhelada amiga, siempre me acuerdo de ti y nunca olvidaré el amor y mi sincera amistad. Te agradezco por cuanto me dices de la melómana Anzía, a la que te ruego que transmitas mis abrazos de corazón. Pero yo, mi buena amiga, ya que pienso que desde que uno nace en este mundo es también una parte de la sociedad y puede, si lo desea, sacar provecho, ya que considero mi propia indignidad en lo que llamas sociedad; porque pienso que no sólo no hay alguien en



esta dicha solicitada y esperada por todos, sino que cabe la posibilidad, ya que no en vano uno se hace esclavo de su libertad al someterse a muchísimas cosas, e incluso obligaciones sagradas, motivando también su desdicha; y puesto que no me parece que haya errado por haberme mantenido ni que vaya a pecar si me aparto, siempre haré esto y voy a hacer quizás lo mismo que tu amiga, ya que la has conocido haciendo las mismas cosas que has visto. Mi respetuosa madrina, mi hermano y Asimina, como de costumbre, se dirigen a ti. A tu queridísimo esposo nos inclinamos, cuídate, anhelada amiga, llevando siempre en la mente a tu amiga.
E.N.K.

B3) Post 1850 (Polemis 1977: 294-295)

A un destinatario incierto.

Me alegra, querida amiga, porque puedo ya devolverte la gratitud que me ha causado la agradable descripción de la campiña donde has pasado algunos días, al sentir por la descripción de la noche en la que, según me parece, no te retiraste a vuestro balcón, ni por la ventana de tu dormitorio viste débil lo de fuera.

Ayer, después de que todos los de nuestra casa se recostaran, observé el libro que leía y fui a cerrar la ventana de mi lecho por donde se aparece, como sabes, el mar, una parte de la campiña y, transcurriendo por ella, un pequeño río, según suelo hacer.

Pero una vista maravillosa y atractiva con mucho me lo impidió. El cielo estaba despejado y ya que la luna aún no se encontraba suspendida, parecía estar construido por innumerables estrellas, pequeñas, grandes, brillantes y resplandecientes. Al poco, ya suspendida la luna y arrojando sobre el mar sus rayos plateados, me mostró un sereno, sin olas parte de ella por la respiración tranquila de la brisa, que incluso a mí y a la naturaleza embaucada revitalizaban, otra pequeña parte con olas y formando arrugas y tan transparente y cristalino como un espejo de modo que también ella y algunas estrellas se reflejaban en él.

Todo estaba sereno, ni un ruido ni un sonido se oía, ni soplaba el viento, sólo se escuchaba el dulce canto de un ruiseñor, su monótona y melancólica voz intensa y en un coro de sinfonía musical el croar de las ranas, que me parecía estar escuchando el golpear de las olas en las aguas del río donde habitaban estos músicos de dulce voz.

Más que maravillada, amiga, por la sabiduría del Ser Todopoderoso y Excelso, le di gracias de todo corazón, por originar esas y otras tantas cosas desde el no ser al ser, me hizo a mí capaz de contemplarlas y admirarlas, cerré la ventana, me recosté, y mientras imaginaba ya esa agradable y hermosa noche, un sueño dulce y profundo se apoderó de mí.

C. CARTAS A SU SOBRINA Y AHIJADA EVANZÍA
C1) Andros, 05.11.1860 (Polemis 1977: 252-253)

A nuestra queridísima hija Evanzía D. Kaíri, En Aidonia.

Queridísima Evanzía,

Tu interesantísima para nosotros carta del pasado veintiocho no sólo nos ha alegrado sino que nos ha llenado de bastante satisfacción porque nos has informado de que todos estáis bien de salud y de que tu estancia te aprovecha y te enriquece y porque hemos sabido por ella también de vuestras visitas y diversiones y de todo cuanto deseamos saber de vosotras, y nosotras, queridísima hija, pasamos nuestros días como siempre, y por San Demetrio nos han visitado muy pocos, aún menos que antes.

Tenemos noticias ya de la allí notoria llegada de la prometida del señor Alcalde de Andros, embellecida por las cualidades naturales y adquiridas, la que conoce hasta siete lenguas, como acostumbran a decir los de allí cuanto sobre esta ilustre boda es famoso, cuanto para ella cortan y cosen, por lo que quizás los padres estén apenados pero, ciertamente, los mercaderes estarán contentos.

No nos impide sólo el día, que solicitamos alcanzar, en el que cumpliremos el mayor deseo que sentimos, que es llegar allí para veros y abrazaros, pero también otras cosas que tememos no comencemos a esperar nosotras de vosotras.

Del señor... no hemos recibido aún respuesta. Tu tío Nikolakis ha escrito que dio el informe del caso del orfanato y espera su resolución favorable.

Cuando escribamos al amado Nikolakis le transmitiremos tus abrazos y saludos al anhelado Mijail. Enviad también vosotras nuestros abrazos a vuestro querido tío el señor Aléxandros.

El queridísimo Teófilo va regularmente a la escuela, progresa en sus clases aunque no es tan aplicado.

No hemos hecho buñuelos porque nuestra diestra en ellos, la queridísima Katingo, a la que de corazón abrazamos, no está aquí para hacerlos.

A tu abuelo, a tu abuela, a tus anheladas tías Eleni, Florenza y Margió y a todos los parientes, como de costumbre nos dirigimos.

La pobre señora Jrisula, la señora Laskaru, la buena Sofula y todas las parientes y amigas te abrazan de corazón.

Salud, queridísima y amada hija nuestra, acuérdate de tus padres, D.N. Kaíri y A.D. Kaíri, y de tu tía E.N. Kaíri.

Florenza te transmite de su parte saludos de ella para todas vosotras.

C2) Andros, 03.09.1863 (Polemis 1977: 276)

A Evanzía D. Kaíri, En Atenas.

Queridísima Evanzía nuestra,

Hace nueve días recibimos tu interesantísima carta del diez de los corrientes. Y ésta, como las cartas anteriores a ella, no nos ha aportado poca alegría y dicha haciéndonos saber que os encontráis bien de salud.



Nosotras, queridísima Evanzía nuestra, estamos intranquilas si no recibimos carta vuestra, nos acordamos de vosotras a cada instante y pensamos qué podemos hacer también nosotras, aunque ignores nuestro padecer por eso o que hagamos eso. Estamos intranquilas dudando si el domingo entrante tendremos la dicha de veros y abrazaros o si será después de la llegada del rey.

La garganta de vuestra tía Forezió está en esta circunstancia.

Nuestro anhelado Teófilo se ha presentado a los exámenes, ha respondido bien, y ha pasado. No tiene profesor particular.

Te abrazamos todas con el corazón y con el alma transmitiendo también nuestros queridos saludos a S., la madre del señor Glaukopis y a los demás.

Tu madre A.D. Kaíri y tu tía E.N. Kaíri.

Querida hermana, te abrazo también yo y la tía Evanzía y la querida hermana Florezió y el anhelado Teófilo y todas las amigas. Cuánto me complacería si el domingo entrante te escuchara relatarnos de viva voz vuestros paseos y todo lo demás que ya hayáis visto. El amado Kostakis os transmite de su parte sus saludos a vosotras.

C3) Andros, 09.1863. (Polemias 1977: 277-278)

C4) Andros, 10.1863. (Polemias 1977: 278-279)

C5) Andros, 24.11.1863. (Polemias 1977: 279-280)

C6) Andros, 11.1863. (Polemias 1977: 280-281)

C7) Andros, ca. 11.1863. (Polemias 1977: 282)

ISABEL GARCÍA GÁLVEZ

Universidad de La Laguna

Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres